allí se quemaron serían sesenta, que hacían un pueblo tan formado como si para siempre hubieran de permanecer en aquel puesto; en medio del cual estaba un árbol muy alto, y en su copa una á modo de gavia donde ponían su centinela que atalayaba, y descubría mucha tierra hasta el camino real adonde salían á hacer sus asaltos; y al pie del árbol estaba la casa del Yanga, en la cual se hacían las consultas de paz y guerra, como se colegía de los muchos asientos y bancos que había dispuestos. Y con no haber más de nueve meses que se habían mudado á este puesto de otro que antes tenían, habían ya plantado en él muchos platanares y otros árboles; algodón, camotes, chile, tabaco, calabazas, maíz, frijoles, caña dulce y otras legumbres; porque tenían dispuesto que la mitad de la gente se emplease en la agricultura y la otra en la milicia, y demás de eso iban cautivando y haciendo gente de indios é indias que los ayudasen. Finalmente, tenían tan bien formado su pueblo, y abastecido de todo género de sustento, por ser fertilísima aquella tierra, que hasta de gallinas hallaron los soldados grande socorro y abundancia, y les parecía que nadie sería poderoso á desencastillarlos de este puesto. Y prueba de esto fué, que habiendo tenido á vista casi cinco días nuestro ejército de cien españoles pagados del Rey, y otro número de aventureros de aquellas estancias y vaquerías, y demás de estos ciento cincuenta indios flecheros, y por otra parte, no teniendo la facción de los negros más que ochenta varones de pelea, y otra parte menuda de negrillos que habían nacido en aquellos montes, y como veinticuatro negras y algunas indias é indios; y habiendo podido huir, ó á lo menos haber llevado á otra parte la ropa y gente menuda; con todo, sin hacer mudanza de aquel puesto, se atrevieron á enviar carta de desafío, echando retos de que se habían de comer en tasajos al capitán y soldados y á los Padres que con ellos iban, los corazones; y entretenerse aquellos días con luminarias, zambras y vocería, en escarnio de los españoles. Y finalmente, se atrevieron á aguardarlos y hacerles rostro, sin querer admitir la paz, fiándose de su fortaleza y ardides de guerra. Mas no les valió nada todo esto, pues fueron desbaratados y destrozados esta vez por las oraciones de los que nos ayudaban con ellas, por el buen estado en que iba nuestra gente, en virtud de los Santos Sacramentos, y por el socorro del Cielo; á que cooperó la prudencia y el valor del capitán y esfuerzos de los soldados en causa tan justa, contra esclavos fugitivos, salteadores que infestaban la tierra y los caminos reales de ella con tantos insultos.

«Los despojos que se hallaron en el pueblo y rancherías de estos negros, fueron considerables. Variedad de ropa que tenían recogida, terciados, espadas, hachas, algunos arcabuces y alguna moneda, sal, manteca, maíz, y otras cosas semejantes con que, aunque no quedó del todo rendido el enemigo, quedó empero muy enflaquecido. El capitán, que como muy cristiano deseaba reducir á esta gente, y no acabarla del todo, hizo levantar en lugar patente y encumbrado una bandera blanca, convidándolos con la paz; pero estos, aunque tan fatigados y acosados, en esta ocasión no la abrazaron.»

§ V.

Refiérese el remate de esta empresa y Misión que comenzó el P. Juan Laurencio y acabó el P. Juan Pérez, cuyas virtudes se escriben aquí.

Por haber estado entretejida esta historia y relación, no sólo de acciones militares y de guerra, sino también de otras que son espirituales y que tocan al bien y salud de las almas, me he detenido en contarla tan por menudo, y por la misma razón pondremos aquí el remate que escribe de ella el muy Religioso P. Juan Laurencio, que dice así: «Viendo el capitán que no le aprovechaban las diligencias hechas para reducir á esta gente foragida, juzgó por conveniente el seguir su alcance, y dejando en el puesto ganado alguna gente de guarda, fué con algunos soldados en su seguimiento; alcanzó á la principal tropa de los negros, que sintiendo á los españoles se pusieron en huida por una sierra arriba, muy fragosa de peñascos y arboleda espesa, de lo alto iban fatigando con flechas y piedras á los nuestros que iban en su seguimiento, de que quedaron heridos algunos españoles y los enemigos también dejaban hartos rastros de sangre; á un capitán negro hallaron nuestros soldados, que herido de dos balazos, vino á caer en lo alto de la cuesta, sin poderle sacar otra palabra que ésta: «así quiere el diablo,» y aunque yo acudí con cuidado y deseo de ayudar á esta alma con la confesión, cuando llegué había ya expirado. Aquí el capitán Pedro González de Herrera volvió á levantar bandera blanca de paz, en cuyo cabo dejó atada una cédula firmada de su nombre en que se la concedía. Mas ellos emperrados no la admitieron, y del Yanga su capitán, que se tuvo noticia que iba caminando con su gente á otra ranchería, donde antes solían tener su habitación, fuimos en su busca y alcance; caminando una legua por camino tan estrecho y de tanta espesura, que muchos pasos íbamos como debajo de bóveda sin ver Cielo, ni poder ponernos en pie sino caminar á gatas; y aunque se dió con la ranchería, pero habiéndonos sentido los enemigos la habían desamparado y dejado dos indias aporreadas con una niña, porque no quisieron ir en su compañía. De ellas se supo, que un negro principal á quien el Yanga había hecho Maese de campo, herido en el rostro de un balazo se estaba muriendo en el monte, y que el Yanga con su gente trataba de pasarse á la Mixteca, tierra fragosa y áspera para ranchearse allí de nuevo. Visto, pues, que no hallaban rastro que seguir, determinó nuestro capitán que nos volviésemos á nuestro primer puesto y pueblo de los alzados, para desde allí tomar resolución de la derrota que habíamos de seguir para dar alcance al enemigo.

«Estando en este estado las cosas de la guerra, y viendo ya en el Real algún sosiego, procuré entablar en él, que cada mañana rezasen todos el rosario de la Virgen Santísima, y que á las diez oyesen cada día Misa, y cada tarde, á puestas del sol, rezásemos la letanía de los Santos, que se decía delante de una grande Cruz que allí se había colocado; y dicha la letanía se quedasen á rezar los indios en su lengua toda la Doctrina cristiana, y se tratase de alguna frecuencia de

Sacramentos, y los viernes hubiese procesión y disciplina, precediendo plática de algún buen ejemplo á propósito de los oyentes.» Y aquí no podemos dejar de entrometer en esta relación del P. Juan Laurencio, un paréntesis bien merecido de su fervor de espíritu y deseo de ayudar á la salvación de los prójimos, pues en medio del bullicio y cuidado de la guerra entablaba tantos y tales ejercicios de devoción, que parece quería que los soldados vivieran en aquel Real como unos religiosos; muestra de que miraba esta empresa no como temporal y de tierra, sino como si fuera una Misión espiritual en que pretendía encaminar almas al Cielo. Y prosiguiendo su relación, dice: «que los soldados fácilmente se acomodaban á todos los dichos ejercicios, y gustaban de ellos por ver que se pretendía su bien, y que se les encargaban con amor y comedidos términos, y que las cabezas eran los primeros en acudir á tan santas obras.

«Y no por esto había descuido ó remisión en la prosecución de la guerra, pues desde este puesto iba cambiando el capitán sus escuadras á buscar y seguir á los enemigos. En una de estas salidas hicieron presa los soldados de un negro, que había muchos años que andaba á monte, y no hubo remedio con este fugitivo de sacarle palabra ni que confesase lo que sabía, respondiendo que ya él se confesaba con Dios en la sabana (que así llaman al campo en lengua de la tierra), dejáronlo colgado de un árbol; y en esta sazón se nos vino al Real una india pereciendo de hambre con una niña, diciendo que los negros que la llevaban habían dado en el monte cruelmente la muerte á una pobre mestiza, porque no quería huirse en su compañía, y viendo que querían hacer otro tanto de ella y de su hijuela, porque lloraba, se les escapó echándose por una barranca abajo; y demás de eso repetía esta india cuán hambrientos, desarmados y amedrentados iban. También se supo de otro indio, compadre del Yanga, que trataba de apercibir canoas para pasar el río y caminar á la Mixteca.» Hasta aquí la relación del P. Juan Laurencio para el P. Visitador Rodrigo de Cabredo, la cual concluye diciendo: que estaba con muy buen ánimo de proseguir en su Misión y ayuda del bien espiritual, así á los soldados como de la ayuda y remedio de las almas de aquellos pobres negros; pero que se partiría como su Reverencia se lo ordenaba, para acompañarle en la visita de la Provincia, y con este orden se hubo de volver á México.

Pero como esta empresa no estaba acabada, y por otra parte, el Virrey le había encargado con especial cuidado á la Compañía, fué forzoso á nuestro P. Visitador sustituir otro Padre que prosiguiera en ella, y el que le sucedió al P. Juan Laurencio fué el P. Juan Pérez, sujeto también de muchas prendas, de prudencia y religión, el cual prosiguió en la ayuda de esta empresa de tanto servicio de Nuestro Señor, y paz y sosiego de aquella Provincia. Duró algún tiempo el acabar de limpiar esta tierra de negros bandoleros para dejarla quieta, y los caminos seguros para traginar por ellos, en que se trabajó mucho. Y el P. Juan Pérez ayudó á la gente que andaba en la campaña, no con menos fervor que lo había hecho el P. Juan Laurencio, y después de varios encuentros y refriegas con los enemigos, en que padeció mucho; finalmente, el Virrey les concedió un partido, porque suplicaron estos morenos, y el partido fué: que las cabezas y caudillos de los foragidos entregarían á los que se hubiesen huido de sus

dueños y amos, y que para que aquella serranía no sirviese más de ser madriguera de foragidos, se les concediese á los que fuesen libres de ellos, para sus mujeres é hijos, otro puesto acomodado y no muy distante de donde antes habían formado su pueblo; quedando de allí adelante obligados, á que si algún negro esclavo y huido aportase por aquella serranía tan áspera, ellos lo recogerían y buscarían por los montes y lo entregarían á su dueño, dándoles una, aunque corta ayuda de costa por su trabajo. Y finalmente, ellos protestaron que eran cristianos y vasallos del Rey, y como á tales el Virrey les señalase el que hubiese de hacer oficio de justicia en su pueblo, y Cura para lo espiritual de sus almas, con que ellos quedarían contentos y aquella tierra gozaría de paz, y estaría libre de salteadores y ruido de guerra. Por las grandes conveniencias que en esto concurrían, hubo de conceder el Virrey lo que estos morenos pedían, y quedaron en su pueblo y puesto en que están como trescientos vecinos, que edificaron su Iglesia, y es feligresía que pertenece al beneficiado más cercano. Y con esto se dió fin á esta empresa, muy propia de los ministerios de la Compañía, y estos morenos están hoy pacíficos y en posesión de sus tierras, y muy sujetos en todo lo que por sus superiores se les manda y ordena; y en esta obra de tanto servicio de Dios y del bien público, y remedio de tantas almas perdidas de estos morenos, es cierto que tuvieron grande parte los religiosísimos Padres de nuestra Compañía que habemos nombrado. Y porque del primero, que fué el P. Juan Laurencio, que después fué Provincial de esta Provincia, habremos de hacer relación adelante de sus muy señaladas virtudes, y porque las del segundo, que fué el P. Juan Pérez, fueron también muy ejemplares, no queden sepultadas del todo en olvido y silencio, me pareció escribir aquí el resumen de ellas para edificación nuestra.

Toda la vida del P. Juan Pérez, fidelísimo hijo de la Compañía, podemos contar por religiosa, porque habiendo nacido de padres nobles en la ciudad de México, y siendo de edad de solos ocho años, entró á ser colegial en el Colegio de San Pedro, primera fundación de Seminario que hizo en ella la Compañía, y como primera planta suya, gozó las primicias de ella con el religioso y observante modo con que comenzaron nuestros colegiales. Entró después en la Compañía, donde acabó su noviciado con muestra de mucha virtud, y sus estudios con ventajas de letras de muy buen ingenio. Después de ordenado dió grandes muestras del celo de las almas, y por obediencia leyó algunos años Gramática, confesando y predicando juntamente con tanta satisfacción y provecho de los prójimos, que ganaba y robaba en cualquier puesto y lugar que estaba, las voluntades de todos *a minimo usque ad maximum.*

Fué después superior en algunos colegios y casas con aumento de lo espiritual y temporal de ellas, y con mucho cuidado y prudencia en su gobierno. Ocupóse también en la Misión y pacificación de los negros Zimarrones, que queda referida; en que pasó grandes trabajos, penosas incomodidades, y mucho en ejercitar su mucha paciencia; sus más lucidos merecimientos campearon en dos cosas, que en el Padre fueron muy singulares: una de haber sido operario tan incansable como apacible en todos ministerios, sin diferenciar gentes (aunque las más principales le buscaban); tan pronto al negro como al blanco, al pobre como al rico, al indio como al español, dentro y fuera de casa,

á todas horas y tiempos, sin perder jamás ni ocasión á su celo ni el puesto á su ministerio, hasta concluir con los que le esperaban; tan perseverante y sufrido, que una persona grave dijo: «El P. Juan Pérez, en ocupando silla de confesonario, y aplicando la mano al rostro, ni sabe cansarse, ni cansa, ni descansa.» Siempre se mostró pronto á cualquier ministerio que le enviase la obediencia, y tan vigoroso como si su edad fuese de mozo; de suerte que hasta el día penúltimo de su vida estuvo confesando, y del confesonario se fué á la cama para morir, dentro de dos días que le duró la enfermedad. Murió de edad de setenta y tres años; los cincuenta y cinco de religión, y los cuarenta de profesión de cuatro votos.

Lo otro, en que mostró los quilates de su verdadera religión y virtud, fué en la angelical pureza que siempre guardó hasta el último espíritu, guardando excelente fidelidad á Dios y á su religión, donde acabó tan puro como cuando nació, según entendieron sus confesores. Heroico instrumento fué del brazo de Dios y ayuda singular de Nuestro Padre San Ignacio, á quien dedicó siempre los mayores fervores de su devoción, y en cuyo altar siempre que podía decía Misa, con tan devoto reposo, que movía á sus oyentes á semejantes afectos. Efecto fué del singular amor que á nuestro Santo Padre tuvo, el seguir siempre en todo á la Comunidad, causando á toda ella edificación el verle tan observante en sus reglas, puntual en su obediencia, humilde en sus mayores estimas, paciente y sincero en su trato, devoto en su conversación, llano y apacible con todos, con que se hizo amable á Dios y á los hombres. Pasó intensos dolores en su última enfermedad, sin dar muestras de ellos, ni de repugnancia en recibir los medicamentos, que fueron muchos los que se le aplicaron. Su preparación para morir fué tan segura, que no duró su confesión general, para recibir todos los Sacramentos, lo que una ordinaria reconciliación para celebrar. De esta suerte, bien dispuesto y asistido de todos, pasó de esta vida mortal á gozar de la eterna, dejándonos muy seguras prendas de su descanso con su santa ejemplar vida.

CAPITULO XI.

De otras Misiones que á pueblos de españoles é indios, en el Arzobispado de México, han hecho los Padres de la Casa Profesa de la Compañía.

Hasta aquí habemos escrito el discurso de una Misión que se ejercitó en medio del ruido é incomodidades que trae la inquietud de las armas consigo, aunque no ajena del celo santo del bien de las almas y caridad cristiana, que en todo tiempo y ocasiones los santos han ejercitado; pues del esclarecido Patriarca Santo Domingo leemos en su historia, que en medio del ruido de las armas que gobernaba el católico Conde Monfort, contra los enemigos de la Iglesia, el santo ejercitaba sus ministerios apostólicos para mucha gloria de Dios, y en favor

y para mucho bien de los que andaban en el ejército de los católicos. Habiendo, pues, yo escrito de la Misión que se hizo en la empresa y milicia contra los negros alzados que infestaban á fieles cristianos, haremos ahora relación de otra alguna Misión más quieta y pacífica, de las muchas que de este género han hecho los Religiosos de la Compañía de la ciudad de México. Porque aunque las ocupaciones de los Padres de la Casa Profesa son tantas como las que atrás quedan dichas, con todo, un Padre y un Hermano salieron de ella á Misión el año de 1616 á las minas de Sultepec, donde se detuvieron cuarenta días, en los cuales todos los domingos y fiestas por la mañana juntaba el Padre todos los indios de las haciendas de minas y de los pueblos sujetos (de los cuales sólo los criados de los españoles pasaban de seiscientos), los llevaba en procesión por todas las calles, cantando el mismo Padre la doctrina en su misma lengua y respondiendo ellos; y en llegando á la Iglesia, se les hacía una explicación de los principales misterios de nuestra santa fe, enseñándoles el modo de confesarse. Los mismos días, acabada esta doctrina y juntos todos los españoles, hombres y mujeres (que eran muchos), les predicaba á la Misa mayor; y á las tardes de los domingos y fiestas, congregando todos los niños del pueblo, salían en procesión por todas las calles, cantando el Padre y respondiendo los niños, hasta que, vueltos á la Iglesia, les hacía preguntas y declaraba el catecismo, á que asistía el Alcalde mayor del partido con toda su casa y los vecinos del pueblo. Después de catequizados los niños, el Padre hacía una plática al mismo propósito, con no pequeño provecho de sus almas y edificación de la gente que concurría.

A indios y españoles se publicó en esta ocasión el Jubileo de las misiones que en este tiempo venía prorrogado, y para mayor solemnidad de este ministerio, dispuso Dios que este día llegase á estas minas el señor Arzobispo de México que venía visitando su Arzobispado, y celebrando Su Señoría la Misa, predicó el Padre y publicó el Jubileo, de que quedó su Ilustrísima sobremanera edificado; alabando á Nuestro Señor por los peregrinos medios (como Su Señoría decía) que la Compañía hallaba para hacer bien á las almas, y ponderando el provecho que en todas partes adonde llegaba hacía á sus ovejas; holgó hallarse esta vez presente y ver el fruto de las doctrinas y sermones; y á su partida ofreció al Padre, y en él á toda la Compañía, que de su parte alentaría un ministerio tan loable, como el que á su vista tenía. Aprovechándose todos de la ocasión, ganaron con gran fervor y devoción el santo Jubileo, lo cual, y los demás ejercicios santos que se hacían, fué de grande edificación á nuestros Religiosos y personas eclesiásticas y seglares, que con ocasión de celebrar aquí órdenes el señor Arzobispo, concurrieron de todas partes de la Provincia, y porque hubiese más comodidad, se señalaron diversos días de ganar el Jubileo á los indios y españoles; y con todo, fué necesario gran trabajo del Padre beneficiado y ayuda de otros Sacerdotes, para dar recaudo á las confesiones y comuniones, trabajando por algunos días continuos en confesar desde las cuatro de la mañana hasta las doce de la noche.

Pasó la misión á otros lugares y Reales de minas de Pachuca, Tasco y San Juan del Río; en esta última fué grande el fruto que con sus sermones hizo el Padre: enmendáronse pecados públicos y se movió la gente á gran concurso de confesiones generales; una principal per-